

Por
**Alicia
Vallina**

Mariuca sale a la calle, hace sus recados, va al banco y atiende a sus hermanas. Nada de esto resultaría extraño si se tratara de una mujer seglar, pero la particularidad estriba en que es una religiosa de clausura, aunque ella prefiere hablar de vida contemplativa. Por lo que podemos constatar, ésta ha cambiado significativamente.

na» o «sor», pero no que la definan como «madre», pues únicamente se siente así cuando se le da el sentido del cuidado de unas con respecto a otras, no con la intención de crear jerarquías innecesarias.

Nacida en Canadá e hija de republicano y agnóstico, su madre fue, desde siempre, una mujer de fuertes convicciones religiosas. El matrimonio tuvo cinco hijos —ella es la menor— y, según narra,

una gran alegría. Sus hermanos no comprendieron en un principio que su vocación se inclinara hacia la vida contemplativa.

A la actual abadesa le atrajo especialmente la figura de Santa Clara y fue a través de ella como descubrió su auténtica vocación. «Santa Clara es una mujer de hoy. Se escapó de su casa porque estaba destinada a casarse siendo una mujer noble. Tenía su

tulante y dos de novicia, se hacen los votos temporales. Tres años más tarde vendrán los votos solemnes, ya que «una cosa es convertirse para seguir a Jesús y otra querer ser religiosa». Pero, a pesar de todo este proceso, en una vida entregada a Dios también existen momentos de crisis. Por eso existe lo que se conoce como «exclaustración», que consiste en conceder un año de permiso a una hermana, que siempre se puede prorrogar, para salir del monasterio y valorar si quiere seguir viviendo su vida como religiosa contemplativa.

Es en este punto donde emerge la figura del Papa recién fallecido, y aún a la espera de sucesor, que impulsó durante su pontificado un cambio que resultó ser clave para las opciones de vida de estas religiosas: «Antes la autorización dependía del obispo, pero a partir de 2016 y gracias a una normativa puesta en marcha por el Papa Francisco, los permisos dependen ahora de la abadesa. Esto ha supuesto una evidente mejora y mayor humanización en las vocaciones ya que es ella quien mejor conoce a su comunidad».

«La constitución apostólica *Vultum dei Quaerere* de 2016 nos dio categoría de personas, no simples marionetas sino mujeres que podemos decidir sobre nuestra propia vida», abunda Mariuca sobre la decisión de Francisco. «Además de esto, el nombramiento de sor Simona Brambilla como prefecta del dicasterio de vida consagrada y el nombramiento de Rafaella Petri ni como alcaldesa del Vaticano han supuesto una gran novedad para las mujeres religiosas. Estos tres gestos del papa Francisco elevan nuestra dignidad en la iglesia y suponen un reconocimiento muy importante que debe ser tenido en cuenta», subraya la abadesa de las clarisas.

DIEZ RELIGIOSAS EN EL CONVENTO

La hermana Mariuca está al frente de una comunidad formada únicamente por 10 religiosas clarisas, buena parte de ellas ya octogenarias. Las vocaciones son más escasas que nunca y es difícil que se produzca una renovación. Por eso han buscado ayuda en la Asociación Camino del Asombro, que está tratando de otorgar visibilidad a estas mujeres y que puedan surgir vocaciones.

Esta organización cultural pretende rehabilitar el monasterio de San Antonio el Real de Segovia, donde en su día estuvo asentada una co-

Un día con las clarisas de clausura que revolucionó Francisco

Hasta 2016 las monjas necesitaban la aprobación de un obispo para probar la “exclaustración” y valorar si querían continuar con ese modo de vida. Francisco cambió eso y lo hizo depender de abadesas como Mariuca, más cercanas a las hermanas. Las suyas son monjas modernas, que atienden peticiones de rezos que llegan a través de WhatsApp o del correo electrónico

«Antes sólo podía salir del monasterio la abadesa acompañada de otra religiosa y ahora podemos asistir a nuestras familias en sus domicilios si están enfermas. ¡Hasta hubo una hermana que trajo a su madre durante sus últimos años de vida y convivía con todas las hermanas! Son cambios muy positivos», confiesa a *Crónica* Mariuca, abadesa del convento de San Juan de la Penitencia de Alcalá de Henares.

Le gusta que la llamen por su nombre. También «herma-

«nos educaron en la tolerancia y en el respeto». Su padre siempre iba a la puerta de la iglesia a esperar a su madre a la salida de misa, aunque «él nunca entraba», confiesa Mariuca entre risas.

Tras el regreso de la familia a Madrid, comenzó a colaborar en parroquias y a vincularse más de cerca con el mundo religioso hasta que, con 36 años y ya fallecido su padre, ingresó en la orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara. Para su madre fue

destino ya determinado, pero ella quería vivir de otra manera. A ella nadie la dominaba y necesitaba vivir la pobreza, por lo que se enfrentó hasta con el mismo Papa. Yo lo que quería era ser como ella, fuerte, decidida y con las cosas claras».

EL CAMINO DE LA VOCACIÓN

Lo demostró en el proceso para convertirse en clarisa de clausura. Mariuca lo detalla: tras pasar un año como pos-





munidad de religiosas clarisas. La idea es convertir el monasterio en un espacio de evangelización a través del arte. «Lo que pretendemos es que los visitantes no vayan únicamente a observar la estética del lugar sino a conocer y empaparse de los 800 años de la vida de las clarisas, a contemplar la naturaleza, a cultivar y a recobrar algunas de las antiguas plantas medicinales que allí crecían y a aprender a valorar la sabiduría monacal de tantos siglos. También es muy importante entender el lugar como un espacio del silencio, con la idea de que las personas lo reconozcan como un instrumento de recogimiento para recuperar la vida contemplativa y lograr que un grupo de religiosas pueda volver a vivir allí».

REZOS POR WHATSAPP

Las clarisas, orden a la que pertenece Mariuca, son mujeres abiertas y flexibles que tratan de vivir atendiendo a los avances de la iglesia actual y que canalizan su vocación a través de la oración. La abadesa confiesa que son muchas las personas que creen que por ser religiosas de vida contemplativa están más cerca de Dios, pero «en realidad lo que hacemos es darle más la lata porque son muchas horas las que rezamos». Y los creyentes les ponen deberes, por si no tuvieran suficientes con los propios de su actividad. «Tenemos peticiones de oraciones a través de WhatsApp o de correo electrónico de todas las partes del mundo para que recemos por las personas», desvela la abadesa.

Mariuca tiene como principales valores los mismos que definen a su Orden: la acogida y la fraternidad, ambos muy propios de los franciscanos. «Nos aceptamos tal y como somos», señala con una sonrisa calmada. Además, la comunidad clarisa a la que guía está muy modernizada, lejos de lo que podamos pensar en religiosas dedicadas a la vida contemplativa.

Usan el teléfono móvil, internet, escuchan la radio e incluso ven la televisión, especialmente la santa misa. Y hasta dibujos animados en el caso de las hermanas de mayor edad. La abadesa comenta que internet les ha servido mucho porque les ha favorecido, sobre todo desde la pandemia.

EL ACTUAL CONVENTO Y EL NUEVO PROYECTO

Mariuca y sus compañeras clarisas residen en el convento de San Juan de la Penitencia de Alcalá de Henares, fundado originalmente por el Cardenal Cisneros, y ubicado desde 1884 en su actual sede de la calle Santiago de la ciudad cervantina. Tras su última restauración de 2006,



se instaló un museo en la sacristía de la iglesia. Preservar y abrir al mundo el patrimonio es precisamente el objetivo de la asociación Camino del Asombro, con la que se han coordinado las clarisas para rehabilitar el monasterio de San Antonio el Real, en Segovia. Pretenden convertirlo también en un espacio de sacralización muy vinculado al arte, que sirva como ejemplo vivo de un modo de vida religioso que va decreciendo pese a sus muchos siglos de historia.

FOTOS: ALICIA VALLINA

«Realizamos mucha formación online y a las más mayores les viene fenomenal porque les ha permitido acceder al mundo sin moverse del monasterio». Lo que ocurre es que ha sido el mundo el que aún las desconoce e ignora cómo viven. Tienen necesidades básicas que cubrir y a duras penas lo hacen. Viven de los donativos y de pequeñas labores que realizan en comunidad.

DEL OCIO AL NEGOCIO PARA SOBREVIVIR

«Trabajábamos realizando tareas administrativas para el desaparecido Banco Popular, pero, cuando la entidad financiera se disolvió, la comunidad sufrió un shock importante, así que decidimos convertir el ocio en negocio. Empezamos a hacer pequeñas cunitas de ganchillo con

el niño Jesús en su interior, alfileros, iconos y tablas con oraciones y frases, figurillas para belenes...». Así, de este modo, tratan de seguir adelante con dignidad y mucha fe en Dios. Para ellas el silencio es fundamental porque supone estar con uno mismo y eso da miedo. «La gente lo que necesita es perseverancia», dice Mariuca, «hoy en día todo es efímero y cambiante y por eso es tan difícil lograrlo».

La vida de las religiosas dedicadas a la contemplación es sencilla y está muy alejada de las inercias sociales. Por eso cada vez son menos, aunque la fe de la abadesa es poderosa ante la adversidad. «Aquí, en nuestro pequeño rincón del mundo vamos desapareciendo, nos vamos muriendo, pero Dios dispone y las vocaciones van surgiendo en Corea, en Kenia, en Madagascar... La mayoría de la gente es maravillosa, son los malos los que hacen más ruido y a los que más caso se les hace, no dejemos que eso ocurra», concluye esperanzada.

@AliciaVallina